

## PRECIO EN MADRID.

(Lo mismo en la Administracion que en las librerías.)

Por tres meses. . . . . 6 reales.  
Por seis meses. . . . . 12 »  
Por un año. . . . . 24 »

La suscripcion empieza el 1.º y 15 de cada mes.

## Administracion y Redaccion.

Claudio Coello, 17, bajo.

Pago al pedir la suscripcion. La correspondencia al Administrador de EL COHETE, Don Gregorio Garcia Leon.

DIRECTOR: ROBERTO ROBERT.

## PRECIO EN PROVINCIAS.

Por tres meses en la Adm. . . . . 8 reales.  
Por seis meses. . . . . 16 »  
Por un año. . . . . 30 »  
EXTRANJERO.—Por tres meses. . . . . 16 »  
ULTRAMAR.—Un año. . . . . 4 pesos.

Se publica todos los domingos.

Número suelto,  
DOS cuartos en toda España.

Toda suscripcion de provincias hecha por comisionado costará dos reales más.

DIBUJANTE: J. LUIS PELLICER.



PERIÓDICO SATÍRICO.

## PESE Á QUIEN PESE.

Domingo 2 de Marzo de 1873.

## DALE QUE DALE.



¡Notable semana la corriente! ¡Qué de sucesos casi han ocurrido!

Al fin vuelve la animacion á los pechos, y á los sueltos de los periódicos, y á los casinos de gente de orden y á la Liga.

¡Qué semana! Si llega á suceder cualquiera de las muchas cosas, la menor de las cosas anunciadas, ni las siete semanas de Daniel se le igualan.

Hubo un día en que estuvimos á punto de ser presa del pánico todos los habitantes de Madrid.

Pero ¡cómo! que si la cosa cuaja y el resultado llega á corresponder á los esfuerzos, habríamos tenido una de aquellas noches de silencioso terror revolucionario, cuyas descripciones sirven de tan sabrosa lectura en las largas veladas de invierno.

El Congreso fué ceñido de hombres con el hierro hasta los dientes, y aquel espesor de bayonetas, casi suspendió los latidos de varios corazones. Se dictaron órdenes á la Guardia civil, á la Milicia nacional, á la tropa; se llamó al alcalde popular; se llamó al gober-

nador civil; se lanzó á un general á un cuartel para que hiciera una destitucion; se nombró un jefe militar para Madrid; todo esto en un periquete; de manera que la prisa con que se verificaban esos actos, el aparente é incitador misterio de que se los rodeaba, y la variedad de los actos mismos, parece que en efecto bastaban y sobaban para que naciera el terror, que era naturalmente el único resultado que tales disposiciones podian producir.

Pero el terror fué un cobarde: no se atrevió á presentarse.

A todo esto, ni el ministro de la Gobernacion habia tomado ninguna de las sobredichas disposiciones, ni las autoridades habian obedecido á otra cosa que á las dictaduras; es decir, á las medidas dictadas por el presidente de la Cámara, que por salvarnos y redimirnos se calzó con todas las atribuciones del Poder Ejecutivo, sin duda para que se pudiese decir que, en efecto, apenas muerta la monarquía empezaba el despotismo, ó no sé qué cosa parecida, que muy oportunamente habia dicho el poco antes al Sr. Rivero.

¡Pero á qué nos detenemos en esto cuando la semana ha sido tan fecunda en aproximaciones de sucesos?

se modifica y se iguala con el paladar de su con-

sorte.  
¡Grande educación conugal! ¡Gran resultado del trato íntimo y asiduo, de la templanza del esposo y de la iniciativa ó de las cualidades absorbentes de la esposa! Esto es bello. ¿No es verdad?

Solo tiene un inconveniente, que no aparece sino despues de trascurrir años enteros.

Llega el instante aquel en que ya no solo es como siempre conveniente que la personalidad determinada, activa é iniciadora aparezca en el marido; llega el caso de que prevalezcan y sirvan para algo las condiciones varoniles que la naturaleza no concedió á la mujer, sino á aquel de quien debe ser compañera sumisa; y entonces desgraciadamente resulta que se busca en aquel matrimonio al varon y el varon ha desaparecido, se ha extinguido, se ha destilado gota á gota en su mujer.

Llega un conflicto, y él es el primero en preguntar: ¿qué hacemos? ¿No se te ocurre nada? ¿Qué te parece que podriamos hacer?

Entonces es cuando paga la pobre esposa la satisfaccion ó la vanidad de haber tenido tanto tiempo absorbidas todas las facultades del marido; él se hizo paladar igual al de su mujer; pero se hizo tambien iguales los nervios y la imaginación, y por último, la fíndole.

El pobre lo hacia con buen fin, dice; pero fuera de ser máxima moral, que al fin no justifica los medios, el principal fin del hombre, debe ser virilizarse.

Dígame la abolicion de la esclavitud en Puerto-Rico. Hemos estado á dos dedos de quebrantar todas las cadenas que oprimen á aquellos esclavos.

¡Qué gran país el nuestro para hacer todo lo necesario á la realizacion de una obra... y no hacer la obra!

En un tris ha estado el negocio esta semana.

Ya, cuando menos hemos oido discursos radicalísimos, que por algunos de sus párrafos parecian hechos despues de la emancipacion; ya, cuando menos hemos soñado á neguitos libres y contentos, cantando, improvisando y bendiciendo á España.

En fin, lo dicho: que no le faltó más que ser verdad para que la emancipacion quedara consumada.

Ahora se ha suspendido la discusion sobre ese grave asunto; pero yo abrigo la confianza de que en cuanto nos parezca que no ha de ser posible una votacion definitiva sobre el particular, volveremos á la discusion con la energía de siempre.

Tambien hemos estado á punto de otra cosa: de obtener la clausura de la actual Asamblea, para convocar en breve á la nueva Constituyente.

Tan adelantado estuvo el negocio, que si no cerramos la legislatura la tuvimos entornada.

Vaya, no lo tomemos tampoco tan por lo sério; que creo que hasta he escrito las últimas líneas con enterezo y todo, y esto no está bien en folletinistas que se proponen ser amenos, y sobre todo huir de empalagosas pedanterías.

Pero en cambio de esos maridos, ¿qué diremos de aquellos que en su concepto se la pegan con demasiada frecuencia á su mujer, y la compadecen, sin enterarse antes de las veces que ella se la pega á ellos?

Porque, hablemos claros como buenos amigos: ello será tan inmoral como se quiera, pero no por eso es menos cierto.

Hay esposos mujeriegos; sí señoras, los hay. Aman á sus mujercitas, querrian permanecer constantemente fieles; pero el diantre de su inclinacion puede más que todos; salen de casa pensando ir á un entierro, y entran en ella volviendo de picos pardos.

Procuran poner cara placentera é inocente; procuran ser cariñosos, pero no tanto que la exageracion misma del cariño haga concebir sospechas. Son bien recibidos, son agasajados, y para sus adentros dicen:

—¡Pobre mujercita mia! Yo no hago más que cometer infidelidades, y ella, la pobre...

Aquí el remordimiento les traba la lengua porque, en efecto, ellos creen todos que es una verdad innegable y patente lo de que mientras ellos andan de una en otra calaverada su mujer está sujeta sin trégua á la honesta costura, á los castos quehaceres domésticos.

No son estos maridos como aquellos que r

## LOS MARIDOS.

(LIBRO QUE NADA LES IMPORTA Á ELLOS.)

I.

(CONTINUACIÓN.)

Solo tiene la pena de no poder comunicarlos; pero en cambio su felicidad es más consistente, porque no se evapora comunicándola.

¿Visteis alguna vez á uno de esos maridos que en todas partes hablan de su mujer?

La primera vez que traban conversacion con alguien, con un pretexto ú otro hacen saber que estan casados, y mencionan alguna gracia ó buena cualidad de su mujer.

Si asisten á una representacion teatral agradable, nunca dejan de exclamar:

—¡Cuánto siento que no esté aquí mi mujer, tan aficionada á ese género!

Si en algun corro se hace burla de un despropósito, dicen en seguida:

—¡Si estuviera aquí mi mujer, cómo se reiría!

Maridos de estos los hay que duran largos años; quiero decir, que verdaderamente se complacen en admirar á su mujer; en la dicha de poseerla; en pregonar extendiendo por todo el orbe, y si no por el barrio, la fama de sus excelencias, y acaban por identificarse con ella, de tal suerte, que hasta su paladar



Los republicanos, como inexpertos, hemos empujado la puerta con todas nuestras fuerzas; pero hay radicales que conocen las pavorosas catástrofes de que sería víctima España si la Asamblea actual diese por terminadas sus tareas.

Así es que en este punto hemos hecho alto los más impacientes.

El día que se cierre la actual Asamblea, deja de ser diputado todo bicho, incluso los bichos más cañificados del radicalismo.

En efecto, esto ha de conmover profundamente todo el sistema nervioso del país; porque ¡está España tan avezada ya al trato y cariño de esos radicales, pasó tantos años deseándolos y pidiendo á Dios que los hiciera dueños del presupuesto...

¡Oh, la conmoción sería profunda!

Por esto vamos regateando y haciendo combinaciones y convalaches, para ver si al fin dentro de cierto tiempo se logran los deseos de todos, á saber: que se disuelva la Asamblea y que tengan preparado un buen lecho fúnebre en los respectivos cementerios de provincia, aquellos radicales que tratan de resucitar al son de la trompeta convocadora de las Constituyentes.

La fusión entre radicales y republicanos ha sido el asunto más afortunado; porque si cada una de las cosas de que antes hemos tratado estuvimos á punto de realizarla una vez, la fusión completa y cordial de los dos partidos, hemos estado á punto de realizarlo veinte veces, y á fé de hombre honrado, todavía andamos en ello.

(Y me dicen al oído: «y lo que andaremos.»)

Los descontentos han pasado muchas fatigas para hacer creer á las gentes que ciertos radicales iban á dar la batalla.

No ha pasado día sin que uno u otro de esos alarmistas no hayan ido de oído en oído diciendo: hoy nos dan la batalla.

Por lo demás, á pesar de aquellas precauciones formidables del día del terror, que no cuajó, el orden es tan seguro, que todos aquellos vecinos de zapatos de orillo, que á la primera alarma suelen cerrar la puerta y esconderse, ahora se arman de fusiles y hacen el guapeton en su barrio.

¿Estarán seguros de que no corren peligro?

En diecisiete ó dieciocho periódicos lei uno de estos días que ciertos generales radicales se iban á pre-

do sus diabluras de solteros encuentran en los actos más sencillos de la mujer motivo ó siquiera pretexto de desconfianza; como por ejemplo, el protagonista de la comedia *El hombre de mundo*.

Antes al contrario: cada marido de estos cree ser el único que tiene talento para engañar á su mujer.

De cuando en cuando no deja de pasar sus malos ratos, por aquello de: ¿si me habrán visto? ¿Si le irán á mi mujer con el cuento? ¿Si me descubriré alguna noche soñando? ¿En dónde diantre esconderé yo ese estuche hasta que llegue el momento de entregárselo á la otra?

Pero siempre acaba por tranquilizarse y por decirse á sí mismo:

—Soy un malvado con suerte. La pobrecita no sospecha nada.

Su mujer, en algunas ocasiones, finge unos ligeros celos (¡qué ligeros y qué bien los finje!) y le dice:

—Sabe Dios lo que estarás haciendo mientras yo me estoy metidita en casa. Como son ustedes tan buenos...

—Pero, mujer, yo...

—Sí, tú como todos los demás. No eres ningún san-

to, no lo soy; pero, ¿crees de veras que yo se-

ría capaz de faltarte?

—Mira, dice ella poniendo ceño y bajando los ojos:

—Vemos de eso. Yo no quiero pensar mal de tí

pero lo que es en general, lo que se

sentar á la Tertulia de la calle de Carretas á dar explicaciones.

Me parece muy acertado, sobre todo habiendo visto yo representar la comedia *Por no explicarse*.

La última inspiración de patriotismo ha sido sublime: separar la política de la administración; es decir, conservar en sus empleos á los colocados hace ocho días por los ministros de conciliación, hoy caídos.

El ministerio de Fomento dicen que daba lástima: en horas quedó convertido en cementerio.

Apartemos la vista... etc.

Roberto Robert.

## LOS OJALATEROS MODERNOS.

### CORO 1.º

¿Con que ha entrado ya?  
—Sí señor, y acompañado de un lucido estado mayor.

—¡Viva el rey!

—¡Chist! Hombre, no sea V. tan imprudente.

—El entusiasmo, amigo mío, el entusiasmo. ¿Y cómo está su divina majestad?

—Guapo, guapísimo; con sus barbas, su boina...

—¡Oh, qué placer! ¡Qué regocijo! ¡Qué entusiasmo!

—Y ¿qué ha dicho, qué ha dicho?

—Que antes de una semana...

—Se planta...

—¿En Madrid?

—¡Por supuesto!

—¿Con sus tropas?

—Al frente de un ejército numeroso, bizarro, clerical, aguerrido.

—¡Ay! ¡Qué alegría! Padre nuestro que estás en los cielos, santificado, sea...

—¡Ay, qué palos voy á dar!

—Pues, ¿y yo?

—Y yo también. ¡Ah, liberales, temblad! Porque esta gente no dura...

—¿Durar? ¿Qué ha de durar?

—¡Ni un mes!

—¡Ni una semana!

—¡Ni un día!

CORO GENERAL.—¡Ojalá!... ¡Ojalá!... ¡Ojalá!

### CORO 2.º

—Y la señora le ha dicho al niño que vaya corriendo á París?

—Sí señor, que se vaya á su lado sin pérdida de tiempo.

—Y el chico...

—Naturalmente, ha obedecido.

—Y ¿está guapo?

llama los hombres en general, sois capaces de todo lo malo.

Y ella le deja solo, y él se sacude los dedos y exclama:

—¡Pues si supierais... tú que no quieres pensar mal de mí en particular!... ¡Pobrecita: es un ángel, y yo soy su verdugo, y no tengo entrañas, y lo peor es que la amo de todo corazón, y el pícaro vicio...

—¡Ah! Este hombre lleva en el pecado la penitencia.

El es feliz; pero también es... lo otro.

—Cree de buena fé que su mujer es la única que vive contenta y engañada!

—Cree que si su mujer no ve con desconfianza ciertos manejos suyos, es porque él tiene el privilegiado talento de cubrir ingeniosa y hábilmente las apariencias.

Pero ¿queda ella siempre sola cuando él va á diligencias ó á picos pardos?

—¿Queda siempre en casa?

—La complicidad de la criada es solo para actos cuya acción no pase del puchero?

A veces su conducta es tan libre y la de su mujer tan transparente, que no falta quien afirme que sus respectivas infidelidades son cosa convenida entre ellos.

Alguno de esos maliciosos le da en el hombro y le dice: «Adios, hombre feliz,» pensando que, en efecto, ha sido bastante ruin para hacer con su mujer el pacto que el vulgo supone; pero él cree que se lo dicen porque envidian la suerte que le ha cabido con

—¡Ya lo creo! ¡Guapísimo! ¡Mire V. su retrato!

—En efecto, ¡buena persona!

—Y ¿qué cara tiene de rey?

—¡Oh! Buena diferencia va de este al zamacuco de Carlos VII.

—Este es más instruido. ¿No es verdad?

—Pues no ha de ser? ¡Si le viera V. traducir lo de que Calypso no podía consolarse!...

—¡Ah! ¡El es nuestro consuelo! ¡Dios quiera que pronto le tengamos!...

—¡Antes de lo que V. piensa!

—¿De veras?

—De veras. Hay grandes trabajos hechos, hay muchos generales comprometidos, hay armas, dinero, batallones...

—De modo que antes de un mes...

—Toma, toma! Pues ¿cree V. que esto dura un mes?

—¡Oh! ¡Ni una semana!

—¿Quién dice semana? ¡Ni un día!

CORO GENERAL.—¡Ojalá!... ¡Ojalá!... ¡Ojalá!

### CORO 3.º

—Pero bueno, ¿quien es ese rey X?

—Uno cualquiera, indeterminado, el primero que venga.

—De modo que si vengo yo...

—¡Usted es el rey!

—Pues, mire V.; no está eso mal.

—¿Qué ha de estar?

—Porque lo primero que uno debe hacer es conservar el prestigio de las instituciones.

—¿Tiene V. razón!

—Porque un pueblo sin instituciones monárquicas ¿qué es?

—¿Tiene V. razón!

—Ya vé V. como anda todo.

—¿Tiene V. razón!

—El pan cuesta un ojo de la cara.

—Mucho que sí!

—La carne sube de precio.

—¡Verdad, verdad!

—Y antes, ya recuerda V. lo que pasaba antes cuando había rey.

—¿Si que lo recuerdo!

—Todo estaba medio tirado.

—¡Cuasi gratis!

—Ahora va V. á comprar cualquier cosa y le piden á V. un dineral.

—Y tanto como es así!

—¿Y la indisciplina?

—¡Uff! Antes nadie se sublevaba.

—Y ¡ay de aquel que lo hacia!

—¡Ya lo creo!

—Y las casas de juego? ¿Y las mujeres libres?

—Sí señor, libres continúan. ¿Y vendrá ese señor X?

—¿Pues no ha de venir? ¿Qué remedio tiene?

—¿Y entonces se acabará esto?

—¡Esta claro! ¡Si esto no puede durar un mes!

teñer una mujer buena y hermosa, honesta y tan ciega por él que no ve ninguna de sus faltas.

Ya hemos dicho que ella...

Pero la verdad es que en este libro se ha de tratar principalmente de ellos, y solo por incidente de ellas.

Sigamos, pues, con él.

El compadece á otros maridos en círculos que saben cuán digno es de lástima.

¿Qué triste papel entonces el suyo!

El la cuenta á su mujer los enredos de otras, y se los cuenta con aquella discreción, aquel decoro y aquellas reticencias que deben emplearse con una esposa honesta é incapaz de familiarizarse con el lenguaje peculiar de esos relatos hechos entre hombres.

A lo mejor llega á su casa, corre á su mujer y la dice:

—¿Sabes lo que se murmura por ahí?

—¿Qué?

—Que Fulanita se la está pegando con Fulano á su marido.

—¡Hombre!... No lo creo.

—Toma, ¿por qué?

—Porque... ¿qué quieres que te diga? Me parece imposible que una chica tan bien criada, tan delicada...

—Toma! Tú á todas las juzgas por ti misma. Pues mira: ya añaden que él ha olido algo, y que dentro de poco puede haber un disgusto.

(Se continúa á.)





## ¿QUÉ QUERRÁ DECIR ESO?

—¿Un mes? ¡Ni una semana!

—¡Qué! ¡Ni un día!

**CORO GENERAL.**—¡Ojalá!... ¡ojalá!... ¡ojalá!

**EL COHETE.**—¿Decís que ojalá? Pues pasad adelante, valientes, ¡vereis lo que os espera!

Manuel Matos.

## LETRILLA.

Si Pi Margall no se achica,  
como es lógico y discurre,  
y á todo aquel que haga el burro  
la ley con justicia aplica,  
y con ansia se dedica  
á encauzar este belén  
por siempre jamás amen  
para evitarnos un trueno...

Entonces... ¡bueno!

Pero si afloja la rienda  
y permite imposiciones  
de encontradas opiniones  
que estarán siempre en contienda,  
y no adelanta en la senda  
natural, de que está al pie,  
practicando aquello de  
mucha libertad y palo...

Entonces... ¡malo!

Si acallan temores vanos  
que ya van dando jaqueca,  
y se hace justicia seca

á Tirios, como á Troyanos,  
y emplean entrambas manos,

buena escoba y lagas cañas,  
cen limpiar las telañías  
de que el Estado está lleno...

Entonces... ¡bueno!

Pero si á la faz le Europa  
sin brújula se camina,  
y la torpe indisciplina  
comienza á ganar a tropa,  
y en vez de andar viento en popa  
por cualquiera torteria  
se arma un motin cada día  
para el popular regalo...

Entonces... ¡malo!

Si se da al pueblo el derecho,  
obligándole al deber,  
y le hacen aborrecer  
la insurreccion y el cohecho,  
y marchan con pié derecho  
hácia la patria ventura,  
metiendo pronto en cintura  
al rubio como al moreno...

Entonces... ¡bueno!

Pero en fin, si en vez de paz,  
y libertad y trabajo,  
lo de arriba y lo de abajo  
convierten esto en agraz,  
y para mayor solaz  
de la española nacion,  
logramos ser la irrisión  
del portugués y del galo...

Entonces... ¡tres veces malo!

P. Ximenez Cres.

## HISTORIA DEL SEÑOR DE X.

contada por «La Correspondencia.»

**Lunes.**—«Ayer se decía entre los amigos del señor de X que estaba destinado á ocupar un importante puesto en la administracion.»

**Martes.**—«El señor X no ha querido aceptar el puesto que se le ofrecia. Se espera, sin embargo, que el señor X accederá á las reiteradas súplicas de sus amigos, que tienen interés en verle ocupar el lugar que tiene tan merecido.»

**Miércoles.**—«No es cierto que el señor X haya solicitado destino alguno. El señor X es una persona independiente que vive de sus rentas y de lo que tiene empeñado. No sabemos qué interés tienen algunas personas en inventar ciertas fábulas.»

**Jueves.**—«Anoche volvió á decirse que el reputado señor X iba á Ultramar. Nosotros podemos asegurar autorizadamente que X no ha pensado en ello.»

**Viernes.**—«Se indica al señor X para el gobierno de una provincia.

**Sábado.**—«Por una equivocacion dijimos ayer que X estaba designado para gobernador; pero mejor informados hoy podemos asegurar que carece de fundamento la noticia. El señor X ha declarado que no aceptará ningún puesto oficial.»

**Domingo.**—«Hoy ha conferenciado con el ministro del ramo el conocido y acreditado político D. Fulano X.»

**Lunes.**—«Algunas personas insisten en que el gobierno no quiere privarse de los excelentes servicios que el señor X puede prestar á la situacion. Varían han sido ya las plazas que le han sido ofrecidas.»

**Martes.**—«El señor X nos ruega que declaremos que no es cierto que él haya conferenciado con nadie. El señor X se debe á su partido, y sabrá mantenerse»



a el puesto en que le han colocado sus propios mercedarios.

*Miércoles.*—«Nada se decía hoy acerca del señor X en el salón de conferencias. Así es que aquello estaba tan desanimado!»

*Jueves.*—«Ayer andaba en candidatura el nombre del señor X, á quien nuestros lectores conocen, si no por otra cosa, por lo mucho que nos han oído hablar de él.»

*Viernes.*—«En el consejo de hoy se ha tratado entre otras cosas del nombramiento del señor X.»

*Sábado de gloria.*—«Por fin el señor X ha sido nombrado estancadero de la casa de fieras. Ayer debió salir para su nuevo destino.»

*Los lectores de la Correspondencia.*—¡Gracias á Dios! ¡A ver si ahora el señor X nos deja en paz una semana! ¡Siquiera una semana, señor X! ¡Mire usted que nos ha dejado V. derrengados!

*El Eco.*—¡Oh! ¡el señor X! ¡el señor X! ¡buena persona!

¡Aun sigue en su plaza! ¡El lo entiende!

A. Lamela.

## ¡YA PASA DE BROMA!

Pues señor, esto ya va pasando de broma, francamente... Me va pareciendo que alguno tiene interés en burlarse de nosotros.

Esto debe obedecer á cábalas de la demagogia: no puede menos... Aquí hay alguna mano oculta... ¡esto es escandaloso!...

¿Y habrá quien diga que no tiene una razón para poner el grito en el cielo? Más de medio mes llevamos de república y todavía no ha sonado un tiro, ni han arrastrado á ningún personaje político, ni han dado un asalto á la Asamblea, ni se han comido crudo á ningún presbítero, ni se vende más petróleo que antes... Nada, nada, lo que yo digo; ¡si esto es escandaloso!...

Un día pareció que la cosa empezaba á tomar buen carácter; lo de Montilla hizo su efecto; ya salieron á relucir algunas latas de combustible; pero, ¡qué diablos!... los pícaros carlistas, que parece que conspiran contra sus intereses, tuvieron la mala ocurrencia de arimar también unas cuantas latas á una iglesia en Cataluña, y á un cuartel en las Vascongadas, y ¡vea V. lo que son las cosas! ¡Con qué autoridad va uno ya á llamar petrolistas á los rojos, cuando la gente de orden echa mano del petróleo de un modo tan insensato?

Al fin y al cabo todo el mundo conoce que en los carlistas es más disculpable esa actitud; son gentes que no cometen ningún exceso, que solo luchan por la fe, que no piden dinero á los pueblos ni saquean á nadie, ni secuestran, ni fusilan, ni cobran contribuciones, y solo echan mano del desesperado recurso del incendio, en el último caso, cuando ya no les quedaba otro camino.

Pero reconozcamos que no han obrado con tacto. ¿Qué trabajo les costaba haber usado otro combustible cualquiera?

Hay que convenir en ello... ¡cábalas de la demagogia!

Pero no hay que mirarlo todo por lado tan negro... La verdad es que hemos logrado hacer efecto alguna vez estos días últimos. Se ha trabajado en grande; no podemos quejarnos de nuestras huestes...

Ha sido una gran idea eso de reunirnos todas las mañanas para convenir cuál ha de ser la noticia terrorífica del día.

¡Ah! ¡Me froto las manos de gusto! ¡No fué mala semana la que pasó! ¡Excelentes consignas se nos han ocurrido!...

Un día, la disciplina del ejército...

Otro día, los sucesos de Barcelona y la sublevación de Gaminde...

Otro día, los intransigentes...

Otro día, vuelta á los carlistas: magnífico recurso para cuando no hay otros... ¡Qué sabia es la Providencia!

Otro día, grandes matanzas de blancos en Cuba y en Puerto-Rico...

Otro día, la llegada de tantos y tantos internacionalistas...

Otro día, gran repartición de todos los bienes en Andalucía...

¡Nos hemos portado bien! ¡No les parece á Vds.?

Pero hay que convenir que con esto solo no basta.

La gente empieza á hacerse incrédula, y este es un gran mal. Si todo se queda en rumores ¡es claro! el público llegará á enfriarse.

¡Qué lástima que no estallara por ahí un motinillo cualquiera!...

Yo creo que al fin y al cabo estallará... pero, ¿cuándo? ¡No tarda poco, que digamos! ¡Más de medio mes de república y todavía sin novedad!

Empiezo á escamarme... ¡Aquí hay algún plan premeditado!...

Debemos ver cómo se busca algún medio eficaz para que la cosa marche bien.

Ya hay quien recibe con la sonrisa en los labios la noticia terrorífica del día, y estoy viendo que si por otro lado no se nos ayuda, el sistema va á desacreditarse.

¡Vea V.! Esos intransigentes con que creíamos contar, no hacen nada por nosotros... ¡Qué les costaría escabechar unos cuantos subdiáconos, ó saquear algún convento, ó desbandarse un día por Madrid y hacer algún que otro atropello?

Si hubieran querido hacerlo, ocasiones han tenido. Ya no hay que fiar mucho.

¡Vea V. qué detestable es la demagogia; faltar así á sus más sagrados deberes!...

¡Y va ya más de medio mes!

¡Esto pasa de broma!

Ernesto García Ladevese

## CONSEJOS

que da Doña Isabel de Borbón á su hijo D. Alfonso para que se despabile y no sea tonto.

HIJO MIO:

Abre el ojo tanto así, y el pido todo lo que puedas, que voy á decirte cosas que te interesan, y más ahora que con esto de que algunos conservadores que fueron de D. Amadeo han puesto en tí la mira, no te faltan ni siquiera cuatro palmas para llegar al trono del Sr. D. Fernando.

Por tu salud te pido que me creas, hijo mio, y que no te se olvide nada de lo que te diga, porque ahora se conspira gordo y se prepara más, y tales pueden ser las cosas, que de la noche á la mañana pases del *aeiou* al gobierno de una nación, que no es flojo salto.

Hijo mio: al pueblo, garrotazo y tente tieso; nada de contemplaciones, nada de buenas caras, nada de tolerancia. Si piden libertades, ¡palo! si no las piden ¡palo! y en todas ocasiones ¡palo!

¡Ojalá lo hubiera hecho yo así siempre! ¡Otro gallo me cantará! Pero yo fui bobalicona, les di todo lo que me pidieron, dejé hacer, procure cobrar (que esto ya es cantar distinto), no me metí en nada y ¡bien que me ha salido á la cara! ¡ah si las cosas se hicieran dos veces!...

¡Toda mi vida lloraré aquella transacción del año 54! Si entonces hubiera yo puesto cara fosca y hubiera dicho: «esto quiero que se haga, y esto se ha de hacer», otra hubiera sido mi suerte; porque estos destinos nuestros eso es lo que tienen: la salida es fácil, pero la entrada... ¡primero que uno mete la cabeza!

Ya sé yo que hice mal, muy mal en dejarles discutir y en permitirles escribir ciertas cosas y en dejarles tocar el himno de Riego. ¡Aquellos polvos traen estos lodos! Yo les dejé discutir sus presupuestos; yo les dejé publicar periódicos liberales, y ¡claro! creyeron que podían ya gobernarse como les diera la gana y hace cuatro años nos echaron, y hoy ya llevan su osadía hasta el punto de gobernarse por sí mismos, sin Rey ni Roque, ni más autoridad que unas Cortes, y media docena de ministros. ¡Como si ellos entendieran de eso! ¡Como si no tuvieran que sujetarse á ser gobernados por nosotros, que para eso somos y para eso nos hizo Dios! ¡Qué entienden ellos de gobierno?...

Hijo mio: si con el tiempo llegas á sentarte en el trono de España, que si llegarás, en primer lugar porque la república no puede durar mucho, y en segundo lugar, porque ya anda en el ajo Caballero de Rodas que es una persona que entiende mucho de conspiraciones y de andar hácia atrás y hácia adelante; si, como digo, llegas á sentarte en el trono de nuestros más grandes, nada de tolerancia, hijo mio; nada de contemplaciones. Al que rechiste ¡garrotazo! al que pida ¡garrotazo! al que escriba ¡garrotazo!

Inspírate en tu buen abuelo. ¡Aquel sí que lo entendía! ¡Aquel sí que era hombre conocedor de estas cosas! ¡A buena fe que no le hubiera sucedido lo que á mí!

Cuando había jarana, siempre preguntaba quiénes eran los apaleados... «Señor, los blancos.»—«¡Me alegro!»—«Señor, los negros.»—«¡Mejor!» Y en habiendo quien diera palos y quien los recibiera, ya le tenías mas contento que unas pascuas. A él le llamaban *Narizotas*, pero él los llamaba *Brutos*, y salía ganando.

Aprovecha el tiempo, hijo mio, que con la república no hay para un mes, según me escriben de Madrid. No te quiebres los cascos; aprende á leer y á escribir un poco, porque no digan; pero no te mates á estudiar, que tú ya tienes tu carrera hecha. Has nacido para rey, y rey serás, quieran ó no quieran tus vasallos.

¡Cuando te digo que andan en el ajo Caballero de Rodas y tres ó cuatro sagastinos! Con que... ¡prepárate!

Tu madre que te quiere.—ISABEL.

Por la copia  
Andrés Corzuelo.



A cada triqui-traque se manda desplegar aparato de fuerza armada alrededor del Congreso.

Y sin embargo, todavía no se ha encontrado un tonto que en vista de tan belicosas precauciones crea de veras que hay peligro.

Demasiada suerte habían tenido hasta ahora los radicales; ya era tiempo de que se les volvieran las tornas.

En Behovia se les ha incendiado á los carlistas un depósito de pólvora.

Así como así, para cobrar los trimestres no la necesitan...

*El Universal* ha llevado su buen humor hasta decir que algunos designaban al Sr. Becerra para presidente de la Cámara.

Es una de las bromas más sangrientas, pero más cultas que en todo el carnaval hemos oído.

Esparraguera ha sido una de las poblaciones donde con mayor entusiasmo y más vivas demostraciones de júbilo se ha proclamado la república.

Los hombres más ancianos no recuerdan haber presenciado fiestas semejantes.

Por eso digo que... ¡no estamos preparados!

Dice *El Imparcial* que se indica para secretario del gobierno de Madrid al Sr. Casaldueño.

A ver si con ese tapon deja de echar pestes contra Castelar, Pi y Figueras; ocupación exclusiva de ese ciudadano.

El remedio nos parece eficaz.

Según afirma *La Correspondencia* del jueves, el baile celebrado el martes en el teatro de la Opera fué brillante; la orquesta fué brillante y la perfección con que tocó, fué también brillante.

Debería haber servido el ambigü el dueño del café del Brillante.

Los periódicos reaccionarios reciben cada día noticias alarmantes de Cuba y Puerto-Rico.

No hemos visto diarios de más suerte: todas esas noticias son las mismas que hace tiempo anunciaron se recibirían si se proclamaba la república.

Ellas son falsas todas; pero no le hace: aun siendo falsas, son idénticas á las que vaticinaron.

Más de 14.000 vecinos acomodados y del comercio se han alistado en diferentes barrios para defender el orden y la propiedad.

Esto es la mejor prueba de que el orden y la propiedad no necesitan defensa de nadie.

Si la hubieran menester, habría 14.000 vecinos acomodados y del comercio, echando á correr como ciervos.

La cosa va tomando mayor cohesión cada día. Los radicales ya solo se hallan divididos en tres grupos hostiles.

Poco á poco de estos tres grupos no quedará más que uno: el que devore á los otros dos.

El Sr. Moriones ha vuelto á encargarse de la dirección de caballería.

¡Cómo se aburrirá allí, sin oír de continuo el estruendo de los cañones y el estallar de las granadas...!

Dentro de ocho días va á parecer un general Bumbum con ictericia.

El general Gaminde ha llegado á Bayona. El cargo que con más perfección ha desempeñado siempre ese señor es el de emigrado.

MADRID.—1873.

Imprenta de G. García León (barrio de Salamanca).